

SOBRE EL SIERVO DE DIOS JOSÉ MARÍA HERNANDEZ GARNICA

La guerra civil española*

Como para todos la guerra civil fue, para el joven José María, una prueba durísima. De entrada no se incorporó a su regimiento que se había unido a la sublevación militar, estuvo escondiéndose en diferentes lugares, fue denunciado y detenido, encarcelado y condenado a muerte, de la que se salvó de manera providencial. De todas maneras pasó mucho tiempo en la cárcel, primero en Madrid y después en Valencia, donde con frecuencia lo iba a ver Isidoro Zorzano.

En los diarios que se conservan de aquellos días, se recoge su desmejorado aspecto: la afección de riñón, unida al hacinamiento, la precaria alimentación y los malos tratos, iban haciendo mella en su salud. Se veían en la Biblioteca de la cárcel, donde hablaban y rezaban juntos unos minutos.

Las personas del Opus Dei que vivían en Valencia se esforzaron por visitarle y llevarle alimentos. Los estrecheces de la prisión eran muy notables y pusieron a prueba su reciedumbre. Junto con los paquetes de comida, básicos para sobrevivir, le hicieron llegar también las noticias de San Josemaría, esenciales para su vida interior en aquella difícil situación.

Mientras permaneció en la cárcel de Madrid, Chiqui estuvo preocupado por su madre y hermanos. Isidoro Zorzano les visitaba, llevando noticias y esperanzas a unos y a otros. Adela Garnica, madre de José María, recordaba años después que Isidoro se tomó un gran interés por liberar a su hijo; llegó a conseguir que le declararan enfermo y le admitieran en un sanatorio, pero no pudo ir porque lo trasladaron en València: «Venía a vernos y a consolarnos, trayéndonos siempre noticias satisfactorias y cuando le decíamos que se arriesgaba mucho, decía que él no tenía que temer, por ser súbdito argentino; cuando todos sabíamos que a muchos extranjeros no les había defendido de la muerte el serlo». Cuando le trasladaron a Valencia, Isidoro continuó visitando a su familia, transmitiéndoles las novedades que le llegaban de José María.

Finalmente, después de cumplir su condena, fue puesto en libertad el 30 de junio de 1937. Chiqui fue destinado el 22 de noviembre de 1937 a Baza (Granada), al cuerpo de intendencia, donde permaneció hasta el final de la guerra. Viajaba a Madrid periódicamente, y hablaba largamente con Isidoro y los que quedaban en la capital. Isidoro Zorzano, como Director, le escribía con frecuencia, le buscaba un sacerdote por confesarse cuando venía en Madrid, le enviaba puntos de meditación, visitaba a su familia. Chiqui aprendió mucho la fortaleza espiritual de Isidoro, y de su disposición de entrega total a los demás.

Durante aquella temporada Chiqui atravesó momentos de decaimiento, que se reflejaban, por ejemplo, en las escasas cartas que escribía. A veces lo compensaba con extensas misivas que llenaban a todos de alegría. Años después recordaba que los consejos de Isidoro fueron determinantes para su vida espiritual, precisamente en estas circunstancias difíciles por vivir su entrega a Dios.

* Cfr. *Abriendo horizontes*, cap. 3



¡Tú, baja del camión!

«Acusado de desafección al régimen, fue condenado a muerte a finales de noviembre por un tribunal popular. José María pasó a la prisión de San Antón. Fueron días de enorme tensión. Se sacaba de la cárcel a la gente de modo indiscriminado para fusilarla: Chiqui vio la muerte muy cercana.

El 27 de noviembre [de 1936] se le incluyó en una de las sacas de presos con destino al fusilamiento. Pero se salvó milagrosamente en el último momento: cuando estaba subido al camión, fue separado del resto. Quedó a disposición del Tribunal de Represión del Fascismo, que le condenó en diciembre a ocho meses de cárcel. Lo contaba años después en Alemania, y así lo recuerda Alfons Par Balcells, uno de los que le escucharon: "Quizá lo que padeció durante los meses de cárcel en la guerra civil española le dejó como un sello grabado al corazón. El haber visto la muerte tan segura y cercana, seguramente le abrió los ojos sobre lo poco que es todo lo terreno. Don José María nos lo contó en tertulias un par de veces; estaba condenado a muerte y ya le habían subido al camión con todos los demás para fusilarles, cuando uno de los carceleros, le dijo: –Tú, bájate. Así le salvó. Todo los demás fueron fusilados. Pienso que estas experiencias quizá contribuyeron a que don José María estuviera tan despegado de todo lo terreno y aun de su propia vida.»

Abriendo horizontes, pgs. 26-27

Fama de santidad

Quiero comunicar un favor que me ha hecho don José M^a Hernández Garnica, a quien conocí en Colonia cuando yo tenía 18 años. Tengo un hijo con un trastorno obsesivo compulsivo. En septiembre de 2007, en un mal momento de su enfermedad, dejó el trabajo que tenía. Estuvo en situación de desempleo hasta que empecé a rezar a don José María, pidiéndole tres cosas: que mejorase de su enfermedad, que encontrase un nuevo empleo que le gustase, y que encontrara una buena novia.

Empezó a tratarse con una psicóloga y a mejorar. El 26 de junio, a las 19 horas,

me llamó mi hijo para decirme que le acababan de llamar de una empresa para un nuevo trabajo. Me impresionó que fuera ese día, pues yo siempre he dicho que fue don José María quien me enseñó a querer a San Josemaría, y me pareció que, con ese favor, quería recordarme que le tuviera más devoción. Mi hijo sigue mejorando y yo le sigo pidiendo que se cure del todo y que encuentre la novia. Espero poder escribir algún día que eso también me lo ha concedido.

C. E.

(Publicado en la *Hoja informativa de José María Hernández Garnica*, nº 4)

Oración para la devoción Privada

Señor, Dios nuestro, que has querido contar con tu siervo José María, sacerdote, para extender en diversos lugares del mundo la llamada a santificarse en la vida ordinaria, ayúdame a seguir a Jesucristo y a tratarle en mis ocupaciones cotidianas, para llevar la alegría de la vocación cristiana a otras muchas almas. Glorifica a tu siervo José María y concédeme, por su intercesión, el favor que te pido... (pídase). Así sea.